

sador que valga la pena: un Fuster “discutible”, tanto en la acepción de que muchas de sus ideas merecen una crítica como en la de que sus escritos nos incitan continuamente a la discusión racional sobre todo lo divino y lo humano. Nada más lejos de la veneración a la que lamentablemente estamos demasiado acostumbrados.

Entre los problemas que suscita la “filosofía” fusteriana y sobre los cuales en el libro de Calaforra podemos sacar interesantes elementos para la reflexión podríamos destacar, por ejemplo, el de la articulación del famoso escepticismo fusteriano con otras posturas teóricas y prácticas que parecen difícilmente conciliables con éste. Posiblemente el primer aspecto que nos viene a la mente en este contexto es el del sobradamente conocido compromiso de Fuster con el nacionalismo catalanista en el País Valenciano. ¿Cómo puede alguien que se declara defensor del “distanciamiento brechtiano” en política participar tan activamente en un movimiento político nacionalista? En esta cuestión, y por retomar el ejemplo de uno de los pensadores que le han servido a Calaforra de término de comparación, el de Cioran, podríamos decir que, en líneas generales (exceptuando, claro está, su oscura etapa rumana), el escritor rumano es mucho más coherente al respecto con el escepticismo de que hizo gala en la mayor parte de su carrera que el de Sueca. Otra cuestión que chirría con el escepticismo de Fuster es su actitud ante la ciencia. ¿Cómo es posible que alguien que ha dedicado toda una vida al trabajo intelectual humanístico, en sus facetas más diversas (ensayos de creación, estudios literarios, estéticos, históricos, sociolingüísticos...), denigre epistemológicamente el conjunto de ciencias humanas y sociales al mismo tiempo que ensalza en todo momento las ciencias formales y naturales? Con esta perspectiva, teniendo en cuenta que las humanidades, en opinión del escritor, carecen del más mínimo rigor científico, nos podemos preguntar cómo puede Fuster, por ejemplo, defender la superioridad epistemológica de sus estudios de historia lingüística del País Valenciano frente a las visiones claramente falseadas elaboradas por la pseudo-historiografía local de corte sece-

sionista. Por otra parte, aunque Fuster no es miope ante determinados problemas derivados de los avances científicos y tecnológicos como los relacionados con el medio ambiente, y aunque sus críticas a las actitudes ecologistas se pueden justificar en parte tanto porque tienden a desenmascarar el moralismo fácil e incoherente de muchas de éstas así como por el contexto especialmente retrasado de la España franquista, uno no puede evitar la impresión que ante este tema la postura de Fuster es de una ingenuidad científicista típica del siglo XIX. Así pues, por seguir con las comparaciones, respecto a esta cuestión los análisis de los integrantes de la Teoría Crítica se nos muestran como mucho más lúcidos y actuales.

Sea como sea, el libro de Calaforra constituye una herramienta de gran valor para aproximarse a la obra del gran ensayista valenciano con una perspectiva genuinamente filosófica. Porque encontrar argumentos problemáticos o incoherencias en los textos de Fuster no es nada del otro mundo: es lo normal cuando abordamos a cualquier pensador con un espíritu racional. Sin duda es lo que Fuster hubiera querido. Tal vez el lector de esta reseña piense que su autor no hace nada más que señalar una obviedad. Es posible. De todas maneras, el amable lector haría bien si tuviera en cuenta que, en el pueblo donde vive quien escribe estas líneas, que es el mismo en el que vivió Fuster, cada 9 de octubre, en el monumento realizado al insigne escritor, se lleva a término un acto de liturgia nacionalista durante el cual se le ofrecen flores a nuestro autor. Sin duda, habrá muchos que consideren que este tipo de ceremonias constituye un homenaje imprescindible a un gran intelectual. Otros pensamos que los verdaderos homenajes a los grandes intelectuales los constituyen libros rebosantes al mismo tiempo de respeto y de espíritu crítico como el de Calaforra.



LA PRECISIÓN DEL CUERPO

AGUSTÍN SERRANO DE HARO
La precisión del cuerpo.
Análisis filosófico
de la puntería

(Madrid, Trotta, 2007).

Josep Monserrat Molas

La sencillez de un gesto, convenientemente analizado, es capaz de resultar, en virtud de lo que el análisis aclara, una magnífica entrada a la consideración de la experiencia humana. Agustín Serrano de Haro, conocido por sus traducciones y estudios sobre Husserl y Hannah Arendt, aborda desde la fenomenología un estudio original y bellamente elaborado sobre una acción a la que hasta hoy se había prestado poca atención: la puntería. Si bien la caza ha gozado de una atención ciertamente merecida como imagen y símbolo preciso de la acción de la inteligencia pensante —cómo no recordar a Ortega—, el gesto decisivo de apuntar y lo que con ello conlleva hasta el lanzamiento no había merecido atención suficiente. El breve e intenso estudio de Serrano de Haro, *La precisión del cuerpo. Análisis filosófico de la puntería*, consigue no sólo cubrir tal falta sino atinar en lo que propiamente podríamos llamar un descubrimiento.

El libro se estructura en dos partes diferenciadas: la primera trata del fenómeno de apuntar y lanzar, atendiendo a las formas básicas y complejas de puntería, a los movimientos de atención, a la adopción de la postura, al concepto de pulso, al cálculo del lanzamiento y al tino, y, finalmente, a la gratuidad del acierto. La segunda parte, titulada ‘Condiciones de posibilidad del acto de puntería’, profundiza en el análisis enfrentándose polémica-

mente con las obras de Eugen Herrigel (*Zen en el arte del tiro con arco*) y Heidegger, y obtiene una conformidad del análisis precedente que supone una superación de las perspectivas confrontadas.

Los resultados de este breve libro pueden resultar asombrosos, incluso las perspectivas atinadas en su final. De hecho, la singularidad del acto de la puntería pone “sobre la mesa” o “a la vista” la misma cuestión de la categorización ontológica última de la experiencia: dada la disparidad de sus elementos constituyentes y en vista del horizonte final de posibilidades, el autor se encuentra en la situación de poder plantearse, y plantear al lector, la pregunta crucial: “¿Cabe hacerse una noción fundada de la totalidad que abarca la vida de experiencia y al mundo de la vida, y que abraza a ambos, vida y mundo, en su correlativa dependencia y mutua inconmensurabilidad?”. Así como el estudio llevado a cabo por Agustín Serrano de Haro nos enseña que acertar es una gracia; debemos reconocer que el libro que comentamos acierta en el empeño de acertar con la puntería. Que el libro concluya con la confesión de haber entrevisto tal blanco teórico crucial, aunque sea “a lo lejos” y “demasiado alto”, nos permite desear que el autor, a pesar de no querer arriesgar ningún “lanzamiento desatinado” aconsejado por el objeto de su estudio, encuentre la ocasión de intentarlo, aunque muchos puedan sospechar que acaso el empeño puede que sea el único acierto que nos sea reservado para los “blancos teóricos lejanos y elevados”.

Para no resultar un análisis artificioso, después de mostrar que el fenómeno de apuntar y lanzar se trata de una posibilidad exclusiva del ser humano, Agustín Serrano de Haro responde a la pregunta del interés mismo que pueda albergar una meditación puramente teórica sobre el fenómeno de hacer puntería. ¿Es un interés “práctico”, es decir, que aborda el mejoramiento del éxito y rendimiento del lanzar o de las capacidades del cuerpo en cada caso requeridas? La respuesta negativa a tal pregunta se complementa con el anuncio del beneficio esperado del análisis, que no es poco: la atención al cuidado del modo genérico y peculiar de la disposición del cuerpo por parte del ejecutante, y, aún más importante

desde una perspectiva teórica pura: el acceso a la cuestión de la falibilidad esencial del acto de puntería. (Puede que sea desde este punto central del libro, “la gratuidad del acierto”, que deba reconocerse y repensarse el límite de la imagen con que se cierra el libro, la renuncia (¿provisional?) a un blanco más alto y alejado.)

En la plácida y necesariamente intensa navegación del ensayo nos encontramos de repente ante problemas filosóficos fundamentales, como revela la consideración atenta del papel de la mente de la persona que ejecuta el tiro en la acción corporal, un papel crucial porque gobierna a discreción las posturas y movimientos del cuerpo. De ello resultan “averiguaciones instructivas a propósito del cuerpo, del yo, del mundo perceptivo, a propósito de la peculiar inserción y acción de un yo corporal en el mundo perceptivo, etc.” (p. 14). Es importante aclarar que la puntería no es un mero caso particular de la motricidad humana general, pues “la secuencia del fenómeno encierra un elemento irreductible a la pura activación semiautomática de una destreza corporal” (p. 36). Se trata de un “tiempo muerto”, una fracción de tiempo que es distintiva del apuntar y que suspende un movimiento ya del todo factible. De ahí una pregunta clave: ¿qué ocupa la conciencia en este tiempo muerto? La respuesta a esta pregunta será fundamental para atender, en la segunda parte, a la posible objeción global que resultaría de la obra de Herrigel, *Zen y el arte del tiro con arco*, sobre todo de su defensa de la disolución del yo del arquero. Al “vaciamiento” del yo, se le antepone acertadamente, en el ensayo de Agustín Serrano de Haro, la descripción de tal momento crucial como un momento de “cálculo informal” en el que el sujeto “sopea, toma en cuenta, se hace cargo y toma nota” de los factores significativos del tiro a puntería. Cálculo al que debe añadirse el gesto imperativo e instantáneo del órgano del cuerpo que realiza los lanzamientos: entre y por el cálculo informal y el gesto imperativo, la dilucidación de la humanidad. Agustín Serrano de Haro reúne en los diversos conceptos del término “pulso”, especialmente en el tercero de ellos, parejo al giro que habla de “tino”, los elementos que le permiten reconocer la singularidad del

acto del lanzamiento de puntería. Igualmente, los análisis precisos de la primera parte, amenizados con la claridad de la novela y la poesía cuando conviene, resuelven la profundidad de la crítica a que se somete la posición heideggeriana en la segunda parte y permiten situarse en la tarea común que Husserl preconizó en el análisis fenomenológico.

Tarea de elucidación que deseamos que el autor continúe con la magistral disposición con la que nos ha obsequiado en *La precisión del cuerpo. Análisis filosófico de la puntería*, y que debe agradecerse con una repetida lectura que no defrauda, sino que recompensa.